

una fiesta

La música explota en mis oídos. A mi lado, los muslos desnudos de Marie chocan con los míos. Saylah también se agita, junto a nosotros.

Aunque el mundo entero parece estar contenido aquí dentro, Leina conduce el coche hacia algún sitio. En el asiento de copiloto, Gerard lía un cigarro.

Mi móvil suena. Lo saco del bolsillo del pantalón junto al muslo de Marie, procurando rozar su pierna con los nudillos y el dorso de la mano. Respondo sin mirar quién es.

-¿Sí?

-¡Ey, hola! ¿Dónde estáis?

-¡Llegando! ¿Quién es?

-¿Llegando dónde?

Miro el móvil. Es Héctor. Qué hace Héctor llamándome, me pregunto. Se lo pregunto después a los demás.

Leina comenta que debe estar en la puerta de la uni, esperando a que alguien tenga algún plan, para ver si se puede subir al coche él también.

Le digo a Héctor que qué hace él.

-¡Yo estoy en casa, tío! Pero ¿hacéis algo?

Pido que bajen la música. No oigo bien. Ellos tampoco me oyen bien pedirlo. La música no baja.

-¡Héctor, te llamo luego!

Cuelgo.

A mi derecha, Marie moviéndose a ondas sobre el asiento. Me quedo mirándola unos segundos. Tiene los ojos cerrados mientras baila.

Gerard me pasa un cigarro y lo enciendo. Luego me concentro en las líneas de la carretera, desvaneciéndose, afilando el cristal de la ventana.

Zep nos recibe al llegar a la casa y nos lleva hasta el salón, donde está toda la gente. Empieza la fiesta.

Quiero pertenecer a la oscuridad. Zep está hablando de música en el sofá, rodeado de dos chicas y un chico. Creo que el chico es bisexual. Todos le miran con deseo.

Quiero que me miren con el deseo con que le miran a él. Quiero que me inflen como a un globo en el que todos quieren poner su pedazo de dióxido de carbono, que me llenen de reconocimiento y amor, que me hagan salir de mi ropa y me obliguen a pertenecer a una dimensión distinta.

Cuando voy al baño a mear, después de subir las escaleras a trompicones, escucho un ruido inquietante tras la puerta número dos. Al principio parece que alguien esté maltratando a un perro. Después se dibujan con lucidez, desdoblándose y retorciéndose, las notas de orgasmos secos y distinguidos por el silencio, distribuidos a intervalos. Suena a una visita a otra dimensión. Una más apropiada. No puedo evitar sentarme en el suelo junto a la puerta y pegar el oído. Quiero pertenecer a esa dimensión en calidad de espectador, en la medida en la que ellos hacen patente que dejarían serlo a cualquiera, a juzgar por el volumen de los gemidos.

Es posible que me haya sobrevenido una erección que me impide levantarme tranquilamente cuando me planteo levantarme, que es cuando Leina y Marie aparecen por las escaleras y se me quedan mirando. Debo estar en una posición comprometida y humillante; seguro que soy patético, seguro que pensarán que soy idiota, y quiero disculparme.

Marie se sienta a mi lado y pega el oído a la puerta. Me mira, sonrío y se echa a reír con ese acento absurdo que da un estado elevadamente alterado de conciencia.

Después, me levanto con la mano en el bolsillo sosteniendo mis dignidades y me alejo de ella como riéndome de un chiste. Ella se acerca por detrás y me agarra del cuello de la camisa, me besa en la boca y quiero ponerle fin a la noche.

Zep está dejando un notable espacio en el sofá en el que se encontraba hace unos instantes. Ahora solo queda el chico que creo que es bisexual liándose con un chico morenito y con bigote. No soy bisexual porque no podría restregarme contra un bigote. Marie no tiene bigote y me besa. Sigo erecto desde que me he propuesto ir al baño a mear. No puedo mear ahora porque sería una operación de riego.

Entiendo que estamos buscando algún lugar con sombra y espacio donde poder quitarnos la ropa. Pero mientras Marie me pasea agarrándome de la muñeca,

tengo la impresión de que toda la fiesta está teniendo el privilegio de asistir a las dimensiones de mis bajos en modo vigor.

Encontramos un sitio aparentemente adecuado en un canto de la casa, junto a la piscina. La música escapa enlatada por la puerta, vibrando al abrirse y cerrarse. Marie ya conoce las dimensiones de mis bajos como no las ha conocido el buen montón de espectadores que presumiblemente ha podido asistir al estreno de esta historia de amor.

Mientras que Marie no puede ver nada del jardín y la piscina por su desventaja en posición, yo puedo afirmar que ya sé dónde está Zep. Toca la guitarra en un rincón de la casa, junto a unos arbustos, y dos chicas le escuchan. No puedo distinguir si alguno de ellos puede distinguir que aquí estamos nosotros. Me incomoda un poco y propongo a Marie movilizarnos. Creo que las sílabas que escojo para decírselo tienen que organizarse como un puzzle.

Pasamos de nuevo junto a la entrada, la cabeza de Marie rodeada por mi brazo, mi culo rodeado por su mano y mi pene rodeado por mi mano en el bolsillo.

Se escucha un sonido demasiado elevado y repetido para pertenecer al ritmo distendido de la noche. Es una chica gritando. Dos chicos se están enfrentando como bestias de combate. Uno de ellos pelea por quitarse la camiseta, y al final pierde contra sí mismo. Marie y yo nos besamos y puedo oler su perfume. Quiero seguir existiendo en este momento hasta que no existan más momentos. Este segundo debe ser extensible en un millón.